

Espacio Creación/Creation Space

María Roof
Howard University
mariarroof@gmail.com

Gilza Córdoba (Panamá)



Gilza Córdoba, empresaria y cuentista panameña, se destaca entre los escritores contemporáneos que cultivan la ficción corta, el género que más se lee en el país. La narrativa de ficción tiene grandes precursores locales, entre otros, Rogelio Sinán, Joaquín Beleño, Ernesto Endara, Rosa María Britton, Gloria Guardia, Enrique Jaramillo Levi, Giovanna Benedetti y Consuelo Thomas, para mencionar sólo a los más publicados. Según Jaramillo Levi, el siglo veintiuno ha producido una eclosión de la cuentística nacional, con el surgimiento de un centenar de autores nuevos en veinte años, favorecidos por la proliferación de talleres de creación, nuevas casas editoriales, acceso al Internet, sofisticación de la técnica creativa y democratización de la educación y la cultura. La obra de Gilza Córdoba nos brinda perspectivas sobre los entornos urbanos distópicos en los que se mueven sus personajes, inconscientes de las amenazas que les acechan, la eliminación de las fronteras claras entre realidad e imaginación y la fragilidad de su vida diaria.

Agradecemos la generosidad de la autora en permitir la publicación de estos tres cuentos inéditos. Su correo: gcplanco22@gmail.com.

Esos penitentes

Ese día advertí algo extraño en el comportamiento de Nelly. La vi desde la ventana de mi cuarto en el segundo piso del edificio Santa Paola donde hacía poco me había mudado. Estaba bordando sentada sobre una caja de palé en el patio de su casa.

En realidad, bordar no resulta nada extraño y menos para una costurera, pero sí lo era el ensimismamiento con el que ella lo hacía y que la enorme manta aún con varios dobleces ocupara todo el patio hasta la cerca. Era hermosa y colorida, casi parecía tener vida y vibrar a contraluz.

Me intrigaron los grabados tan heterogéneos que exhibía. En el recuadro de arriba estaban la “Noche estrellada de Van Gogh”, la Gran Muralla China y la Vía Láctea. En el de abajo, la escena de Marilyn Monroe vestida de blanco sobre la rejilla del metro en Nueva York, el Ché Guevara con su archifamosa boina y la Torre de Pisa. Cada grabado era casi perfecto.

Me puse a pensar en cuál podía haber sido el estado de ánimo esencial de Van Gogh cuando pintó su serie de cuadros de girasoles y en lo bien que quizá se hubiera sentido si sus obras llegaran a ser famosas mientras vivía. La Gran Muralla China me cautivó de un modo distinto porque me recordó cuando de niña corría hasta el cansancio por los lánguidos senderos del Parque Bella Artois. Había en los grabados un encanto especial que me hizo quedarme observándolos por un buen rato.

Además me pregunté si las estampas guardaban relación entre ellas. Si todas juntas armarían un rompecabezas con un significado superior o si las había elegido por una selección barajada al azar. Si quizá la manta la había ordenado algún coleccionista sibarita.

Nelly parecía bordar como si el ímpetu de sus puntadas la estuvieran uniendo a la vida misma.

La vi moverse con la agitación breve de una avecilla que busca alimento en un pastizal hacia una mesa sobre la que reposaban un montón de cachivaches: varias cajetas, el torso de una muñeca, un collar largo de cuentas, papel periódico, muchas revistas y algunas botellas de cristal vacías. En un momento me dio la impresión de que advirtió que la estaba observando, pero no pareció importarle.

Estuvo revolviendo las cosas que estaban adentro de una cajeta hasta que encontró una hoja de papel periódico. Se volvió a sentar, colocó la hoja sobre sus rodillas y frunció el entrecejo mientras realizaba un dibujo. Después lo puso sobre una hoja de carbón que a la vez estaba sobre una tela y lo resiguió con un punzón. Al terminar tomó una aguja enhebrada para volver a bordar. El ir y venir de las manos de Nelly, tan delgadas, me hizo recordar las viejas animaciones de Tim Burton hechas a partir de fotografías de marionetas.

Todo aquello me resultó muy extraño así que después de un rato observándola resolví bajar a donde estaba.

Caminé por el pasillo lateral que separaba su vivienda de la mía y a través de la ventana abierta de una habitación observé un conjunto de objetos multicolores orquestando el más riguroso desorden: cestas, telas apiladas, cintas de medir, lana e hilos. Del otro lado un camastro, una silla, dos escobas. Sobre un estante reposaban una pila de revistas viejas, un vaso con agua y un cepillo. “Lo normal en la casa de las costureras”, pensé. También pude sentir, casi como una intuición, el vaho de humedad y el vacío pobre que ocupaban aquel recinto.

Pasé bajo un exangüe cobertizo de madera y llegué al patio. Temía que le molestara que la interrumpiera, pero al verme se dibujó en sus labios una sonrisa cortés. Me pareció que le costaba trabajo sonreír.

La saludé con la mano, pero me quedé parada donde estaba sin ser capaz de justificar lo inusual de mi visita porque solo sabía su nombre y que era costurera.

—Hola Nelly. Veo que está trabajando mucho.

—Sí —me contestó ella al parecer sin querer decir más.

Seguí parada donde estaba mientras clavaba mis ojos en la manta.

Nelly dejó de trabajar y se paró al lado mío, como si esperara algo más de mi parte. La expresión de su rostro me dio la impresión de que estaba próxima a impacientarse, lo que me hizo sentir nerviosa.

Advertí que era más bien baja y aunque su silueta y su manera de vestir eran las de una mujer joven, dos arrugas largas le marcaban la frente. Llevaba una blusa verde con una camisa manga larga encima, unos jeans deslavados demasiado largos y anchos para ella y unos botines de cuero. Su cabello castaño aún sin canas estaba partido por la mitad y suelto en desorden sobre sus hombros.

Su afilada fragilidad me hizo sentir un poco de confianza y entonces me atreví a decirle:

—Nelly. Me sorprende lo curiosa que es la manta que está bordando ¿Por qué la hace?

—No creo que usted entienda de estas cosas—, me dijo meneando la cabeza con desdén.

—Cada uno entiende solo las cosas que están al alcance de su razón.

Sentí su respuesta como un pinchazo en la nuca.

Insistí diciéndole que la entendería, que era una persona de mente abierta, que además sabía guardar secretos, que podía confiar en mí. Insistí y casi rogué. Entonces se animó a responder:

—Bordo esta manta para después cortarla en piezas y regalarla a los mendigos que deambulan por la ciudad para que se abriguen.

Los hilos, las agujas, las revistas, Marilyn Monroe. Los mendigos. Esos imperativos penitentes de las callejuelas que buscan abrazos en las monedas. Sentí que todo se aclaraba y además pensé: “¡Que corazón tan grande tiene esta mujer tan rara!”

Le di las gracias por su respuesta y me despedí. Pero antes de que me marchara me tomó por el brazo como si no tuviera la intención de dejarme ir. Me inquietó un poco la firmeza con la que lo hizo.

Ella agregó:

—Las personas que se cubran con la manta, además de sentirse abrigadas podrán también ver y sentir la escena que he bordado.

Durante unos segundos me imaginé flotando en la Vía Láctea, fumando un habano junto al Ché y deambulando por un pasadizo angosto de la Gran Muralla China. Pero tan pronto reaccioné, sonreí sin querer. Me liberé con suavidad de su mano que aún me sujetaba y le dije a Nelly evitando sus ojos:

—Comprendo Nelly, gracias por su confianza, pero debo irme ya.

Me devolví a mi apartamento satisfecha con la respuesta que me había dado y en el transcurso del día no volví a recordar el asunto.

Algunos días después mientras me encontraba ordenando mi habitación abrí la ventana para ventilarla. Entonces Nelly volvió a llamar de nuevo mi atención y dejé de hacer lo que estaba haciendo. Advertí que del otro lado del muro una señora rolliza mayor también la observaba al igual que yo con insistencia, pero además agitada con el estremecimiento que mueve a algunos viejos cuando ven jóvenes desvalidos. Esa vez Nelly grababa la imagen de una marina. Una traslúcida ola turquesina se levantaba envolviéndose a sí misma mientras que se aproximaba a las rocas de una orilla lamida por la espuma y encendida por los primeros rayos de la luna. El cielo era azul profundo y anaranjado dando la impresión de que el atardecer estaba por terminar. El cuadro me resultó hechicero por la serenidad y el arrobamiento que me producen la vista del mar. Decidí bajar a la casa de Nelly para verlo de cerca.

Cuando llegué al cobertizo, ella se aproximó a mí como si me hubiera estado esperando. Entonces me ofreció el manto que estaba bordando para que me cubriera con él.

Lo tomé y me envolví en la tela movida por un extraño impulso.

No tardé mucho en experimentar una atmósfera distinta. El tiempo cambió de cadencia y escuché un rumor lejano que fue haciéndose más fuerte hasta que pude oír con claridad el vaivén de las olas. El más bello atardecer caía sobre la playa ofreciendo una imagen tan impresionante que hice esfuerzos por intentar recordar si había visto otra remotamente parecida. Caminé primero lento sobre

la alucinante arena, después travesé como un animal preso recién liberado de su encierro y fui por primera vez feliz como no lo había sido nunca.

No sé cuánto tiempo estuve cubierta con el manto.

Al descubrirme, volví a este mundo todavía fascinada. Nelly me estaba esperando. Nos miramos con la misma expresión de reconocimiento que intercambian dos personas que descubren entre ellas un pasado común. No quería devolverme a mi apartamento y tampoco lo quise más nunca. Le pedí que me dejara vivir con ella y le prometí que sería su más leal compañera. Ella aceptó y me propuso que nos fuéramos a vivir al Parque Municipal.

Estando allí, regalamos muchos mantos a los mendigos y nos quedamos con otros más para soñar y contemplar la vida desde la libertad plena. A veces me acuesto sobre el césped para sentir en mi piel los rayos del sol y espero que Nelly se aproxime a pedirme fuego para su cigarrillo. Esto afirma mi dicha. Pronto se empieza a desconocer dónde termina la ciudad y dónde empieza la periferia. Desde los cartones, la vida se ralentiza al hacerse más simple y las personas nos ofrecen alimentos y vestidos sin que tengamos la necesidad de pedírselos. Creo que mis maneras corteses les hacen sentir a gusto y les confirman que no soy distinta de ellas. Algunas veces se nos aproximan y llaman a Nelly para saludarla. A mí no me llaman, pero igual no importa porque desde hace tiempo olvidé mi nombre.

La cita de las ocho

Blanca se bajó del bus con prisa y la cabeza inclinada para evadir conocidos que advirtieran que utilizaba el transporte público. La acera de adoquines la invita a jugar rayuela: una pisada cada cuatro rectángulos y dos pasos largos sobre el bordillo. Siente que la envuelve el olor a café y harina frita. Siluetas que van y vienen sincrónicas casi a la carrera.

En la primera cuadra entró en un restaurante de donde salía un aroma a pan recién horneado. Pidió un capuchino con azúcar de dieta mientras hurgaba en su bolso buscando un paquete de galletas saladas. El mozo, que no respondió a sus buenos días, le pasó por arriba del mostrador una taza con café en donde flotaban tibias burbujas de leche. La nariz aguileña y el cabello lacio del muchacho le hicieron pensar en un guerrero azteca. Batió el café con un carrizo y se sentó en el taburete a observar a través de la fachada a las personas que transitaban por la acera: un mar de gente en el que sobresalen un cabizbajo vendedor de rosas, una pareja de extranjeros tomada de la mano y un policía con el pecho erguido y la mirada astuta.

Blanca sorbió tres veces el contenido de la taza y se levantó mientras se llevaba una galleta a la boca; pronto el efluvio de las primeras horas de la mañana cedería bajo el peso de un sol recalcitrante.

Bocinazos, parpadeo de luces y estar al acecho de un resquicio en la procesión de vehículos que no dan paso a los transeúntes. A la altura de una farmacia donde la calle se hacía más angosta, no encontró al bolero que por las tardes jugaba a las damas con un obeso vendedor de billetes. Tenía el rostro de un sinvergüenza que siempre la saludaba con mucha cortesía, y lo echó de menos. Al llegar a la esquina de la Calle Tercera el perenne tufo a salitre y a basura mojada se le pegó en las fosas nasales. Lo había traído la brisa que venía del muelle.

Se dio vuelta hacia el cuerpo de agua grisácea que ocupaba su lugar en la línea del horizonte. Luego miró sus pies. *Cada quien debería encontrar su sitio pocos se atreven a hacerlo pero si no lo haces se te tuerce el carácter y te vuelves tan amargado un pordiosero con varios rosarios que le cuelgan del cuello sentado sobre la acera con la mano alargada hacia transeúntes penurias palomas brincando sobre el bordillo olor a salmuera la playa de un país que no conozco donde al fin me encuentre conmigo misma Copacabana el remanso de olas tibias que mueren en la orilla nombrándome y lamiéndome a las mujeres nos resulta fácil poner a los hombres de cabeza porque la verdad es que las pobres criaturas nos ven a través de sus instintos para ellos parece que todo se resume en lo que dice la vista se desprenden tan fácilmente de sus afectos ¿enviarlos por eso? piel mojada han pasado mis mejores años.*

En el cruce del semáforo Blanca giró a mano derecha y se encontró a un grupo de muchachos uniformados riendo a carcajadas y empujando por la espalda al más escuálido. Metió una mano y perdió la vista en su bolso atiborrado en bártulos buscando su celular para mirar la hora. Tenía que llegar a las ocho.

Escucha y no digas lo que piensas sobre todo si no estás de acuerdo con lo que estás oyendo decía mi mamá cuando estaba viva la educación toca fondo ¿qué les esperaré a los hijos que todavía no tengo? estos muchachos de ahora no son capaces ni de dar los buenos días edificios que van creciendo desordenados del otro lado de la acera latas en las alcantarillas el juez que se coge a Gisela mujer para tonta si por lo menos consiguiera más que un pinche salario otro grupo de uniformados es un alivio no necesitar caer en lo de ella por los contactos que tiene mi papá en el ministerio el juez se coge a cuanta empleada del juzgado puede jóvenes o viejas no perdona desfalcando su nombre apstará con el cambio de gobierno o me acomodo como pueda ese ambiente de porquería o a pasar necesidades el precio de la autonomía hoy hará sol y quisiera quedarme horas sintiéndolo no al aire acondicionado de la oficina que pone el ambiente tan tenso si Héctor no se decide me quedaré con Adonis que tiene mejor fondo ¿pero estará el cabrón de Héctor viendo a su exmujer de nuevo? golfa latosa seguro en la parte de afuera del despacho ya me está esperando la señora flaca con las ojeras de lechuzca y voz de mar en reposo siempre viene caminando cansada por el lado de la calle donde hace sombra tan pobre como sirvienta de terrateniente su vida ha de ser bien difícil cuando tiene la necesidad de venir a que la atienda yo una abogada de oficio simple mandadera del gobierno de turno.

Blanca avanzó por una calle estrecha y pasó por enfrente de un zaguán oscuro donde no se dio cuenta de que la estaba acechando un rostro en el que centelleaban un par de ojos ávidos y una boca apretada que le enseñó los dientes. Al verla, deseó encontrarse en un recóndito desierto. Apuró el paso hasta casi correr, pero la silueta se le fue encima y anquilosó su avance. Entonces sintió que le arrebatában el bolso y le daban un golpe en la espalda.

—No grites porque te mato —escuchó que le decía una voz ocre.

Cuando el individuo se separó de ella, sintió alivio y un borbotón de sangre tibia empapándole la ropa.

No hay tiempo ¡papá ayúdame! calor punzadas la respiración pesa el cuerpo hace estorbo.

Blanca cayó sobre el adoquinado rojo y turquesa lanzando un mudo gemido.

Llegó a oír los ladridos de un perro y una voz de mujer que exclamaba: “¡Dios, está bañada en sangre!”

—¡Aléjate de ahí, Toby! —fue lo último que escuchó decir.

Segundos después el campanario de una iglesia sonaba ocho veces esparciéndose por la ciudad en eco.

Latin Jazz

Es viernes y las manecillas del reloj marcan alentadoras las seis de la tarde. Laurella teclea las últimas letras del día y dispone varias carpetas en su archivador. Al hacerlo, sus ojos se tropiezan de nuevo con la advertencia de despido que le había entregado en la mañana su jefa. Respira hondo. Cierra con prisa el archivador, deja caer el celular en su bolso y paladea el balsámico plan de encontrar distracción para aflojar las tensiones acumuladas durante el día.

A esa hora su automóvil la espera solitario en el estacionamiento. Se descarga pesada en su puesto, deja caer el bolso y se descalza. Por una vieja costumbre, la señal de la cruz con la cabeza inclinada. Con ligereza gira la llave, mira por el retrovisor y lleva el vehículo en reversa hasta donde la espera el rumor persistente de las llantas mojadas sobre el concreto.

Aunque encuentra el tráfico pesado se siente a trasmano del tiempo porque ya no la persigue la sensación de urgencia que marca el ritmo diario en la oficina. A medida que avanza la escoltan el goteo de la lluvia sobre el techo de su Volkswagen y el sonido del parabrisas sobre el vidrio; durante el trayecto hacia su destino la noche se traga la tarde.

Cerca de una plaza en una calle sin salida el rumor del tráfico se va deshaciendo para dar paso a un sonido visceral de ondas envolventes. Se baja del auto y se eriza por el placer refrescante que el contacto que las menudas gotas de lluvia le producen.

Al llegar al bar la reciben un ambiente de tertulia bohemia, música en vivo, y unas lámparas con colgantes en forma de estrella que lanzan destellos anaranjados y lo envuelven todo en una penumbra sugerente.

Elige un puesto cerca de la entrada, el más conveniente para atisbar a los que van llegando. En la tarima encuentra a un trío de músicos con altas pretensiones. Mira hacia atrás y lo confirma al ver el barullo de espectadores con los sentidos clavados en ellos.

Entonces Laurella observa a los jazzistas con reposada atención. Uno de ellos tiene los ojos cerrados como si su espíritu estuviera lejos y bate las manos sobre el cuero de una tumba haciéndole recordar el ritmo al que late su pulso cuando ama. Otro, toca las cuerdas de un contrabajo como si estuviera haciendo serpentear su mano para acariciarle la espalda. Al fondo, un hombre se dobla y se desdobla con un saxofón casi pegado al cuerpo mientras las venas de su cuello se dilatan hasta casi estallar cuando hace vibrar las notas que gimen en la campana del instrumento y en la sangre de ella.

La música embriagadora se quiere instalar en sus caderas, pero hace un esfuerzo para contenerse a esa demanda que le viene de adentro.

Pasea la vista por todo el bar buscando algún rostro familiar y no ve ninguno, pero al final de la barra se encuentra con un par de ojos café clavados en ella. La música fue en ese instante hechicera y cómplice. Laurella observa anonadada la anchura de los hombros, la espigada figura coronada de

rizos azabaches y la curvatura de unas cejas pobladas bajo la que habita una mirada provocativa. Gira la cabeza para que su cabello le caiga en el hombro e intenta lanzar una mirada seductora, pero se queda atascada en el deseo porque el miedo al rechazo es fuerte. Entonces se consuela pensando que, aunque los acantilados costeros sean de roca, a su lado las olas se agitan intensas.

Una voz femenina la empuja de vuelta a la superficie. —Es de cortesía —le dice casi al oído mientras coloca una copa grande con vino tinto sobre la mesa.

Se la bebe hasta el fondo.

Vuelve a sentir la música más fuerte ahora. Las vibraciones de los instrumentos se deslizan por las paredes lamiéndolas y se cuelan en su cerebro sin restricciones. Después se desplazan mixturadas a sus extremidades en una corriente tibia, moviéndose en sus venas como si tuvieran alma. No puede más. Ella deja de ser ella, la mujer que guarda la compostura. Le permite a la música instalarse en su cuerpo y cede al impulso de mover sus caderas mientras piensa en el hombre de la barra: allí está él, que gira su cuerpo hacia ella y la mira con pupilas que desprenden un resplandor felino.

De pronto, el vibrar intermitente del celular en su bolso: Su jefa, la llama. Una ráfaga helada recorre su cuerpo. Sale corriendo del bar hacia los estacionamientos y allí empiezan las explicaciones: *No, esa venta no se cerró porque el cliente encontró una mejor oferta. El documento está en el archivador de la izquierda, en la tercera carpeta. Esos papeles ya están firmados. Sí, haré la corrección en el formulario, tendré más cuidado la próxima vez...*

El tono quebradizo de su voz es un fino cristal que vibra ante un sonido agudo. Pasan largos minutos que le parecen horas hasta que por fin el hablar inflexible del otro lado del teléfono cesa y respira aliviada. Entonces se devuelve al bar decidida, con el arrojo que le había inyectado el vino. Adentro siguen los músicos hipnotizadores. Las luces anaranjadas, el ir y venir de los cuerpos desconocidos, el destello de las botellas en el mostrador de madera. Pero el hombre de sonrisa seductora que la había cautivado ya no está en la barra. Lo busca con la mirada anhelante entre los festejantes, y no lo encuentra. Se había ido.